

COMO EN LOS CUENTOS DE HADAS

Nueve años cumplí y no pude ir a la escuela. Ocho hermanos había y el pan que escaso era.

Les fregaba a las vecinas y me daban de comer y alguna merienda. Cumplí doce años. Mi madre estaba embarazada, y al mismo tiempo, Que renegada! Me mandaba lavar la ropa de los soldados que en la capital le proporcionaban, en el rio que estaba cerca.

Mi abuelita me ayudaba. Ay pobre abuelita mía! Estaba siempre muy triste, sola y abandonada, pero eso sí, aún con hambre y sed de cariño me contaba cuentos y hasta me cantaba.

Y yo seguía creciendo muy deprisa, sintiéndome muy desgraciada.

Es duro decirlo, pero yo desde muy niña, fui muy maltratada.

Me hice un poco mayor, tenia diecisiete años. Un príncipe me quería y yo estaba enamorada de sus ojos bellos y grandes, y de sus largas pestañas. A querernos nos subíamos arriba de una montaña, sin más testigo que Dios que era amor del alma.

Al cumplir los diecinueve años, nos fuimos a trabajar como emigrantes a Alemania, él para mantener a su madre, y yo para ahorrar lo que pudiera para casarnos.

Al estar un año trabajando, regresamos en navidad a España.

Empezamos a organizar los preparativos y los trámites para casarnos.

Recuerdo la noche anterior de nuestra boda. Nos despedíamos con ilusión, nos dimos un beso en el quicio de la puerta de mi casa, y él nervioso me dijo: - mira, tengo que decirte algo. Mi madre y yo, hemos decidido que el dinero que has ahorrado, como voy a ser tu marido, tengo yo que administrarlo-.

Me quedé sorprendida, ¿cómo iba a esperar tal sorpresa?

Le dije: - ¡Hombre por favor, no me hagas esto! Mi padre me lo guarda como si fuera un tesoro. Ya sabes que este dinero es para los gastos de la boda-, y él me contestó: ¡Cásate con tu padre, que a la Iglesia no iré yo! –

Me puse a temblar, lloraba de impotencia, no tuve valor de hacer nada en esos momentos.

Entre a hablar con mi padre para que me diera el dinero, y él me dijo: ¡Hija mía, haz lo que tú quieras! – Y yo tan ingenua, le di mis ahorros para que él y su madre lo dispusieran.

En ese instante cerré los ojos y me pregunté: - ¿Vale la pena todo esto? -. Eran mis ahorros de todo un año trabajando el extranjero. Pero no podía resistir que su amenaza se cumpliera, y sentí que se me hundía el cielo, y no quería que se me fuera abajo mi bello sueño.

Al día siguiente, que inmensa alegría sentí. Era mi boda, en mis manos había flores y en mi pelo una corona.

Mi padre me llevó del brazo a la iglesia con orgullo, arte y mucha gracia. A mí me parecía que la gente era mucho más buena, y las niñas mucho más guapas.

Al entrar en la Iglesia estaba toda mi familia y muchas amigas mías y yo miraba y miraba porque su familia allí no estaba. Solo su madre, que me recibió malhumorada. Me dijo: - ¡Cómo has tardado tanto, pues estoy aquí esperando de milagro! -. Ese día estaba yo tan radiante y feliz, que no quise darle a nada importancia.

Me pareció que la iglesia estaba llena de flores, aunque de esto, no había nada, ¡Per que importaba! A mí, siglos se me hacían los minutos que faltaban para salir de la iglesia con mi príncipe esposada.

¡Pobre princesita, cenicienta encantada! No sabía que al llegar las doce de la noche, se rompería el hechizo y despertaría de su bello y falso sueño.